

Capítulo XLVIII.

La pobre huérfana.

María de Alvarado había sentido hácia Diego el mismo afecto, el mismo interés que le había inspirado.

¡Misterios de la Providencia!

Aquella pobre niña que sentía despertarse en su alma el primer latido del amor, un vehemente deseo de consagrarse á hacer la felicidad de aquel jóven que hallaba en su camino y á quien no conocia, era precisamente hija bastarda de un noble y de una mujer que, elevada por su amante á una posicion importante en la córte, había con ella contribuido en los primeros tiempos de la estancia de Colon en Córdoba, á destruir sus planes y desvanecer sus esperanzas.

Mis lectores no han olvidado que al presentarse

Colon por la primera vez á Fray Fernando de Talavera, por recomendacion del prior de la Rábida, se hallaba en su mesa varios hidalgos, entre los cuales, por su insolente lenguaje, se distinguió á sus ojos el conde de Almagros.

Más tarde, queriendo llevar á cabo una intriga palaciega, procuró alejar del lado de la reina á Beatriz Enriquez de Córdoba, y lo consiguió, en efecto, sucediéndole allí doña Catalina de Alvarado.

Esta mujer, cuyos lazos secretos con el conde se ignoraban en la córte, había nacido en una familia de pecheros en la ciudad de Marchena.

Allí la había conocido el conde de Almagros, se había prendado de su hermosura, la había seducido, y en su compañía, aunque secretamente, se la llevó á Córdoba, porque aquella mujer, dotada de una gran penetración y de una habilidad y un talento sobrenaturales para fascinar, se había apoderado por completo de él hasta el punto de subyugarle.

De sus amores había nacido una niña que, á expensas del conde de Almagros, se había criado en la soledad en compañía de una dueña, que era la que todavía estaba á su cuidado, é iba con ella á la córte á informarse de la salud del rey.

María se crió en una humilde y apartada casa de Sevilla, y doña Catalina, protegida ocultamente por el conde de Almagros, logró una buena acogida entre la nobleza de Córdoba, gracias á lo cual, con la habilidad de ella y la influencia de su amante, pudo llegar hasta el puesto de camarista de la reina.

Pero como quien á hierro mata á hierro muere, al verla en el apogeo fué envidiada, y sufrió los golpes de la envidia, cuyas armas poderosas habia ella á su vez esgrimido contra Beatriz Enriquez de Córdoba.

Los ociosos comenzaron á preguntarse su origen; no faltaron indiscretos que averiguaron la verdad, y doña Catalina, que no podia luchar contra la enemistad que se habia adquirido, prefirió abandonar, no sólo á su hija, sino á su amante, y dejándose hacer la corte por el hidalgo portugués que habia traído á España la mision secreta de hacer proposiciones á Colon, al retirarse, desahuciado, el enviado de don Juan II, fué con él á Lisboa.

Esta determinacion causó mucha pena al conde de Almagros, que amaba de veras á doña Catalina, y profundamente desengañado y herido, no sólo en su amor propio, sino en sus sentimientos más íntimos, aquel hombre que parte tan activa tomaba en las intrigas de la corte, celebró una entrevista con el rey, le hizo una misteriosa confianza, y desapareció de la corte.

—Su hija, su pobre María acababa de cumplir quince años, y fué á su lado á buscar en su amor el consuelo á la desdicha que habia causado en él la desaparicion de su amada.

La pobre niña, que sólo usaba el nombre de su madre, oyó de los lábios del autor de sus dias la triste revelacion de su origen, y agradeció con todo su corazon aquella confianza á su padre.

Una pena intensa se apoderó de su alma.

¿Cómo su madre habia tenido valor para abandonarla.

A pesar de su escasa edad, y del poco conocimiento del mundo, no podia acostumbrarse á aquella vida.

Su madre no la amaba; por el contrario, la aborrecia.

Solo aborreciéndola podia dejarla en tan completo abandono.

Un dia recibió el conde de Almagros una orden. Era del rey.

Al dia siguiente se despidió de su hija y partió al cerco de Granada, adonde le llamaba su soberano.

Llegó en uno de los momentos más culminantes de la pelea.

Tenia grandes deberes que cumplir, y á la cabeza de un puñado de valientes acometió á los árabes.

Poco despues le llevaron mortalmente herido á la presencia del rey.

—Muero, señor, por vos, por mi pátria, por la religion de mis mayores,—dijo el conde de Almagros con voz desfallecida;—no olvideis mi secreto.

El rey no lo olvidó.

En medio de la alegría que proporcionó el triunfo á su alma el clavar en las murallas de Granada la Santa Cruz, no olvidó que uno de sus valientes servidores le habia recordado una deuda en los momentos en que espiraba.

Cuando la corte fué á Sevilla, una noche un caballero embozado en un tabardo hasta los ojos, y seguido de un escudero, llamó á la puerta de una casa de pobre aspecto, situada en uno de los extremos de Sevilla.

Cuando una anciana se asomó á una reja para preguntar quien era:

—Vengo á daros noticias del conde de Almagros,—contestó el desconocido.

Inmediatamente se abrió la puerta, el caballero entró, y el paje se quedó esperando en el dintel.

Sus ojos admiraron la belleza de una jóven que, con la mayor ansiedad, se aprestaba á saber las noticias que le traian de su padre.

El desconocido se desembozó y no tardó en dejar adivinar las tristes nuevas que llevaba.

—Buen caballero, hablad,—dijo la jóven;—decidme que no es verdad el presagio de mi alma.

—Desgraciadamente lo es,—contestó el caballero.

—¿Ha muerto el conde de Almagros?

—Ha muerto, luchando como bueno, por la religion y por su rey.

La pobre niña sintió que sus ojos se inundaron de lágrimas, y no pudiendo sostenerse, se apoyó sobre los brazos que le tendió la dueña.

Despues de una breve pausa:

—El conde de Almagros,—dijo el desconocido,—era mi mejor amigo, no tenia ningun secreto para mí: sé que sois su hija.

Desgraciadamente no ha bendecido el cielo su union con vuestra madre; la muerte le ha cogido de improviso y nada ha podido hacer por vuestro porvenir.

Pero, tranquilizaos, nada os faltará: si queseis ocupar un puesto en la corte, venid á ella; si preferís permanecer en la soledad para llorar á vuestro padre, para devorar en secreto vuestras amarguras, la Providencia se apiadará de vos, porque ella, desde luego, me enviará aquí á ofreceros toda mi proteccion, que es mucha.

—Gracias, caballero, gracias,—dijo la jóven sollozando aún.—Poco me importa la pobreza.

Si algo siento en el mundo, es haber perdido á mi bondadoso padre que me habia hecho tan feliz al venir á buscarme, como desgraciada habia sido ántes lejos de él.

¿Pero vos que os interesais tanto por mí, no me direis vuestro nombre para poder agradecer eternamente tanta bondad?

—Sólo si me haceis una promesa os complaceré. Es necesario que nadie sepa nunca que yo he venido á veros.

—¡Oh! nadie lo sabrá.

—Lo mismo os digo á vos, dueña,—exclamó dirigiéndose á la dueña que cuidaba de María;—si estimais vuestra vida, si aspirais á que os alcancen mis favores, os exijo el mayor secreto.

Yo soy el rey,—añadió al mismo tiempo que se postraban las dos mujeres para besar su mano.

Levantad, levantad, y vos, María, tomad este anillo que yo regalé á vuestro padre. No os faltará nada, porque yo daré las órdenes á mi tesorero particular para que os suministre lo que necesiteis.

Sois huérfana: yo seré para vos un padre. Seguidme siempre para que yo pueda estar cerca de vos en los momentos en que necesiteis de mi auxilio. Sólo volveremos á vernos cuando lo deseéis, y para ello bastará que me presenteis el anillo que os acabo de dar.

No habló más don Fernando.

Volvió á embozarse en su tabardo, y sin decir una palabra al escudero que aguardaba á la puerta, partió con él, y entró en el alcázar por una puerta secreta.

Desde aquella noche juró María agradecer eternamente aquella muestra de la bondad del soberano, y vestir luto hasta que la felicidad volviera á su corazón.

Obedeciendo las órdenes del rey, cuando la córte partió de Sevilla, con los recursos que á doña Irene, que este era el nombre de la dueña, habia proporcionado misteriosamente Luis de Santangel, la siguieron y gracias á esto, pudo María hallarse en Barcelona, cuando fué víctima del atentado del loco, el rey.

El sentimiento que le inspiraba su triste estado, la llevó á palacio á informarse de la salud del monarca.

Aquella noble accion debia ser premiada, y sin

duda por eso despertó un amor tan vehemente en el corazón de aquel hombre que por sus cualidades, era digno de ella.

Pasaron muchos dias sin que los dos se vieran, pero no sin que dejasen de pensar el uno en el otro.

Ella habia perdido ya la esperanza de hallarle.

El tenia más fé.

Cuando el rey estuvo bueno se dispuso una solemne fiesta en accion de gracias al Altísimo, que debia celebrarse en la catedral.

Diego presintió que hallaria en el templo á la joven. Ella tambien tuvo el mismo presentimiento; pero no sólo impulsada por él, sino por el deseo de dar gracias á Dios por haber salvado la vida á su protector, acudió á la catedral.